

La oscuridad es un territorio desprovisto de interés para la mayoría de las personas. Aunque nuestros ojos lleguen a distinguir perfiles, manchas o contornos, la ausencia obligada de luz inquieta los pensamientos y nos hace sentir vulnerables, demasiado vulnerables. La percepción temerosa de lo que nos rodea se agudiza si los días que retenemos en la memoria han transcurrido entre campos y maizales, recibiendo al viento cada mañana sin necesidad de presentaciones. Esta fue una de las razones por las que Amadeo Salvatierra, angustiado en la negrura de su celda, comenzó a sospechar que la soledad no es pródiga en sonrisas y, como un relámpago, su mente acudió al refugio de la noche en que su abuela Leonides consultó las cartas para regalarle su futuro.

.- Jamás vuelvas a mirarme a los ojos. – Le dijo Leonides Salvatierra, mientras recogía el mazo apresuradamente y se tumbaba en el carronato intentando conciliar el sueño con el cansado crujir de las ruedas.

Eran otros tiempos y otras noches, aunque la luna seguía siendo la misma.

En aquellos días, Amadeo viajaba con su familia por las brañas, ofreciendo alegría y misterio a todo aquél que deseara obtenerlo. Su abuela Leonides, mujer amplia, en el sentido más generoso de la palabra, de ojos profundos y frases esquivas, era maestra en el arriesgado mundo de leer el pasado, adivinar el presente y predecir el futuro. Para ello empleaba toda clase de artes adivinatorias: quiromancia, tarot, raíces de mandrágora, la calavera del primer hombre que murió en Parsila, al que jamás dieron sepultura para que nadie olvidase el destino que les aguardaba, rabos de iguana, conchas del mar Oculto, y hasta un lector de auras que le había dejado un viejo gitano en el valle de Valdediós, cuando le predijo que la muerte lo andaba buscando desde hacía cien años y que aquella noche iba a encontrarlo. El anciano, con la arruga del desengaño prendida en el alma, se negó a seguir añadiendo jornadas a su siglo, aunque no pensaba entablar una discusión sobre comportamientos pasados con tan desagradable señora, y allí mismo abandonó todas sus pertenencias: el lector de auras, un escarabajo de lapislázuli, dos cuentas de vidrio, un diente con esmalte de Damasco, un espejo para reflejarse en las horas de templanza y dos mudas. Después se encaminó hacia el bosque de acacias para salir al paso de su suerte.

.- Mucho has tardado.

- Mucho has corrido. – Contestó tendiéndole una mano demasiado escarchada para agradecer su roce.

- No me reproches una vida que no elegí. – Dijo el anciano, al tiempo que escupía a los helechos por el hueco que le había dejado el diente esmaltado. – Haz tu trabajo.

Y la muerte lo hizo.

Pero Leonides no era siempre tan trágica ni acertada en sus predicciones, pues es notorio que el arte de la profecía depende en grado sumo del estado de ánimo que posea la vidente cuando se dispone a quebrar esa línea intangible que separa la realidad de la magia. Y ese ánimo se encontraba recostado en los lindes de la melancolía cuando Leonides se topó con Ezequiel Mortera, hombre diestro en el amor por la habilidad que poseía para ocultar su voluntad a corazones ajenos.

- Tú serás mi hombre. – Le dijo Leonides cuando se vio reflejada en sus ojos.

- Sea. – Contestó Ezequiel, más escueto con las palabras que con las manos. Y sin apenas pausa para apartar la baraja que aguardaba en la mesa para desvelar futuros inciertos, ellos escribieron el suyo con largas caricias y besos entrecortados que se deslizaban por su piel llegando en oleadas hasta las orillas de la misma pasión que los consumía.

Leonides gozó aquella noche, gozó en parte porque Ezequiel era un gran amante, y en parte porque había acertado con su predicción. Lo que ella nunca quiso añadir a la historia, es que ignoraba que Ezequiel desaparecería sin una despedida digna de reseñar.

Cuando el alba decidió que la oscuridad se prolongaba demasiado y encendió la luz, Ezequiel había desaparecido, y la única prueba de su paso por el cuerpo de Leonides, amén de un moretón en un muslo que tardó dos semanas en aliviarlo, fue un embarazo que tardó algunos meses más en poder aliviar.

Leonides no conoció más hombres.

De Ezequiel Mortera nacieron muchas leyendas y sólo una cosa cierta: su incapacidad para negar caricias a ninguna mujer que se las solicitara.

Antes de continuar con el soñador ajeno, detallaremos una de ellas, fundamental para comprender el pasado de los Salvatierra, pasado al que siempre recurrimos para sofocar el presente cuando lo vivimos sin gestos halagüeños.

De todos es sabida, la persecución que Ezequiel realizó a un urogallo de pico dorado que lo llevó a cruzar los pantanos de Trebujen, a rodear las marismas de Tremañes, y a atravesar el desierto de Bulmes hasta adentrarse en la lejana región de Ataranza, célebre por estar rodeada por más de cien volcanes y por la alegría que dispensaban sus mujeres. Allí entró por la colina del norte, con los pies ulcerados de tanto caminar y una barba de seis semanas. Pero ese aspecto de vaqueiro desarrapado, no le pareció desdeñable a Manuela Carasona que, sentada en su mecedora orientada a la puesta de sol, llevaba veinte años soñando con la llegada de su hombre.

Al verle caminar hacia su vida, no dudó en ofrecerle una jarra de agua que mitigara la aspereza de su sed. Mientras Ezequiel se bebía la jarra, Manuela se bebía su sueño, y después de tenerle dos horas en remojo con vahos de laurel, lo enjabonó con jabón de brea y lo perfumó con esencia de orquídeas.

A la hora de la cena, Ezequiel ya había recuperado parte de su encanto y

Manuela no dudó en entregarle toda su gloria. El infortunio de no haber cazado al urogallo de pico dorado, se veía recompensado por la ternura de una mujer que lo cuidaría hasta que se restableciera de sus dolencias.

En Ataranza corrió la voz de que Manuela había tomado hombre, y rápidamente las vecinas acudieron a conocer al afortunado llevando toda clase de presentes: un costillar de cordero, unas madreñas de castaño, tres gallinas ponedoras, una hoz con el mango labrado, y hasta un galán de noche para que Ezequiel colgara sus escasas ropas.

La algarabía en el pueblo se hizo notoria por el fervor con que las mujeres adoptaron a Ezequiel en su comunidad. Todas lo invitaron a sus casas para celebrar la llegada de un nuevo miembro, y rivalizaron por ofrecerle el mejor festín. Delfina Posada, la mujer del carnicero, mató dos vacas, tres corderos y un gocho, y una vez acabado el banquete, bailaron con una música de violines, gaitas y dulzainas, hasta romper el alba.

Aurelia Ezquerria no se arredró por tal despilfarro y tras ofrecer una exquisita cena a base de faisanes rellenos, pulardas al chocolate y liebres a la cazadora, los obsequió con unos fuegos fatuos en los humedales de Cornellana que despertaron el entusiasmo y el temor de los asistentes.

Ezequiel, escaso de vocabulario y no muy dado a mostrar sus sentimientos en público, no pudo por menos que esbozar una sonrisa en agradecimiento por las simpatías que despertaba su persona.

Cada noche, al finalizar el ágape, Manuela lo esperaba en su alcoba, tumbada sobre unas finas sábanas de hilo francés y con la llama de una vela dibujándole sombras por la piel.

.- Ámame. – Le susurraba con el deseo del mundo preñado en su palabra.

.- Sea. – Contestaba siempre Ezequiel, y en un silencio respetuoso, la hacía suya mientras Manuela se clavaba las uñas en las palmas de las manos para impedir que los gemidos quebraran su garganta.

Ciertamente, Ezequiel llegó a sopesar la posibilidad de abandonar su errabunda vida y dejarse querer en aquel pueblo; pero una mañana que entró en la carnicería para recoger un lomo de buey, el marido de Delfina Posada, Olegario Tortajada, soltó una risotada de alivio que enrojeció su cara ya de por sí encarnada, y tras balbucear unos sonidos inconexos que dudaban en salir por sus gordezuelos labios, le hizo subir, con gestos amables, al hórreo que les servía de despensa.

Allí lo aguardaba Delfina, tan desnuda como la res sobre la que descansaba su cuerpo.

.- Disfrútame. – Dijo con la misma naturalidad que en Valdediós utilizaban para invitarle a una taza de café.

Ezequiel embargado por las dudas, ya que la invitación no era de las que necesitaban echar dos azucarillos, miró hacia la puerta en donde Olegario le animaba con gestos grandilocuentes a que cumpliera con el deseo. Aturdido por tan descomunal prueba de cariño sólo atinó a decir su consabido: “Sea”. Y al cerrarse la puerta del hórreo, cumplió como era menester entre reses muertas y gritos vivos, pues Delfina, al contrario que Manuela, gustaba de proferir alaridos cuando sentía su cuerpo sometido al placer.

Aquella noche, Ezequiel desató una pasión desmesurada en su encuentro

habitual con Manuela, pretendiendo resarcir con sus embestidas, el engaño involuntario al que la había sometido. Al acabar, Manuela se permitió un suspiro de satisfacción mientras Ezequiel besaba con ternura sus palmas arañadas.

Observando a la mañana siguiente, desde la cama, las manchas que el humo de la vela iba depositando en el techo, Ezequiel se sorprendió a sí mismo escuchando la voz de su conciencia. Estaba convencido de que su excesivo comportamiento amoroso fue debido a un sentimiento de culpabilidad que él jamás había experimentado, y que aun siendo novedoso no deseaba volver a experimentar, razón por la que buscó una excusa con la que poder absolverse. En la meditación se reconoció como un hombre presto a devolver favores, y la única manera que conocía de reintegrar a los vecinos de Ataranza sus muestras de cariño, era prestándose a realizar todas aquellas tareas que le solicitasen, aunque esas tareas implicasen dejarse amar por sus mujeres.

Sonrió satisfecho por la inteligente idea con la que había erradicado el pesar de su alma y dejando la conciencia entre las sábanas de hilo francés, se dispuso a levantarse para desayunar.

En la mesa de la cocina le aguardaban dos huevos fritos, una torta de maíz, unas gachas de harina de almorta y una damajuana con aguamiel. Había que reponer fuerzas, y a fe que las repuso. Tras el último trago, Manuela le pidió que se acercara a la laguna de Veriña a recoger dos cantaros de agua, pues era muy beneficiosa para las fiebres reumáticas.

La laguna se encontraba al este de Ataranza, recostada en la falda del volcán Roca Negra y circundada por una frondosa vegetación en la que predominaban los álamos temblones, los sauces y los castaños de indias.

Ezequiel dejó al mulo pastando mientras se acercaba con los cántaros a la orilla. De repente escuchó una leve melodía acompañada de un chapoteo. Era una voz de mujer que no le era totalmente desconocida. Apostado tras las ramas de un sauce pudo fijarse en un vestido que descansaba al sol sobre una roca. Buscó ávidamente a la dueña pero no veía a nadie por los alrededores, sólo escuchaba la alborada que le llegaba desde algún punto de la laguna ocultado por esa misma piedra. Posó los cántaros en el suelo y se agazapó para no ser descubierto. A escasos metros de él, bañándose en las aguas saludables de la laguna de Veriña, Aurelia Ezquerro entonaba una canción que él no había escuchado nunca, pero que le despertaba los instintos de siempre. En su espalda las gotas absorbían el reflejo de las hojas y de las lianas de los árboles, proporcionando a la piel un color aún sin nombre que contrastaba con la delicada palidez de la carne. Ensimismado en la evocadora imagen no se percató de que Aurelia se giraba hacia él.

- ¿A qué esperas para cumplir?

Ezequiel, sorprendido en su escondite, miró avergonzado hacia el bosque buscando al individuo a quien iba dirigida la prometedora pregunta. Sin embargo, aquella mañana, la laguna de Veriña estaba olvidada por el resto de los mortales. Ezequiel se incorporó, se desnudó, y pronunciando su palabra más socorrida, "Sea", se zambulló en el frescor de unos muslos desconocidos.

La situación de nuevo se tornaba tensa. La conciencia denostó la suavidad del hilo francés para volver a revolotear por su enmarañada cabeza. Sentado en la mecedora con la vista clavada en la estrella del norte, consumía los segundos para no entrar en la alcoba de Manuela con la esperanza de que si se dormía, podría ahorrarse unas caricias gastadas.

.- Levántate, Ezequiel, nos vamos.

.- ¿Adónde? – Preguntó con asombro al ver a Manuela con el vestido de las fiestas.

.- Hay asamblea en Ataranza.

El salón de la cantina, lugar en dónde los hombres se reunían a diario para comentar las vicisitudes del tiempo, echar unas manos de cartas o para beber unos vasos de sidra hasta olvidar las apreturas de la vida conyugal, había sido dispuesto para reunir a todo el pueblo. Ocho filas de sillas desparejadas ocupaban tres cuartos del salón, y en la cabecera, una mesa de madera de olmo presidía el solemne acto.

Cuando Ezequiel y Manuela llegaron, nadie había ocupado su sitio, charlaban animadamente del acontecimiento que los reunía, diseminados en diferentes grupos por la sala. Al cruzar la puerta, los asambleístas rompieron en un fuerte aplauso que aturdió a Ezequiel. Aturdimiento que se prolongó al enterarse de que el motivo de su presencia no era otro que el de nombrarle hijo predilecto de Ataranza y declararle, tras la entrega de su correspondiente orla, Patrimonio Popular del Pueblo.

Titubeante por un honor que a todas luces consideraba excesivo, no fue capaz ni de pronunciar su celebre palabra. Miró a Manuela que desde la segunda fila, sentada en una silla de mimbre, le sonreía orgullosa.

Lo que ocurrió a continuación acrecentó la leyenda de Ezequiel Mortera y contribuyó a que muchos hombres del valle de Valdediós, se perdieran en las ciénagas y pantanos de Trebujen intentando encontrar el intrincado camino de Ataranza.

Belarmino Regueiro, hombre de frente despejada y ojos mansos, asumió la palabra y realizando un panegírico sobre el grave problema que acuciaba al pueblo, la escasa natalidad, magnificó la llegada de Ezequiel, a quien el destino había enseñado el camino para que rompiera la racha de veinte años sin descendencia. Por lo tanto, y por el bien de la comunidad, Ezequiel Mortera, como Patrimonio Popular, dispondría de alcobas, pajares, bodegas, hórreos, y demás estancias donde tuviera por costumbre holgar, para que cualquier mujer que deseara concebir hijos pudiera tomarlo. El propio Belarmino, para evitar riñas y discusiones, muy frecuentes cuando un producto es gratuito, confeccionaría un calendario donde las futuras madres de Ataranza se podrían ir apuntando para recibir el cariño por riguroso orden de inscripción.

Manuela se levantó de golpe y, cuando Ezequiel esperaba su negativa a tan descabellado proyecto, argumentó que era su hombre y que por lo tanto en ese calendario no debían incluirse las noches.

Abilia Fradejas, mujer tan entrada en años que nadie la había conocido de joven, protestó: tras un día de trabajo intenso, la noche era el momento adecuado para concebir hijos, y así se hacía en Ataranza de toda la vida. Manuela contestó que Abilia no tenía derecho a voto ya que no podía quedarse embarazada dada su avanzada edad.

.- ¡Eso es discriminación! – Soltó como un alarido Eugenio Román, marido de Abilia. – Que Ezequiel Mortera sea Patrimonio Popular significa que es patrimonio para todo el pueblo,

y mi mujer tiene tanto derecho como las demás a ilusionarme con la llegada de un hijo.

De nada sirvieron las argumentaciones de que la edad es un factor primordial a la hora de quedarse embarazada, ni los irónicos comentarios de algunos insidiosos que aseguraban entre murmullos que Eugenio insistía para zafarse del fatigoso trabajo de preñar a su mujer.

- Si la llegada de Ezequiel ha sido un milagro para Ataranza. – Continuó Eugenio con voz firme a pesar de las maledicencias. – ¿Por qué extraña razón no puede producirse otro milagro para que mi Abilia se quede embarazada?

El silencio puso punto final a su intervención, y puntos suspensivos en la mirada de terror que Ezequiel dirigió a la ilusionada Abilia.

- Tienes toda la razón. – Concluyó Belarmino. – No sólo de pechos turgentes vive el hombre.

Los días siguientes sirvieron para que Ezequiel reconsiderase sus creencias. Tal vez dedicar sus caricias a una sola mujer durante toda la vida no era una idea tan descabellada. Ese pensamiento lo asaltó cuando llevaba dos semanas de arduo trabajo y en la puerta de casa lo aguardaba Eugenio para conducirlo a los brazos de su esposa.

- ¿De verdad no te importa que dedique mi pasión a Abilia? – Preguntó con ingenuidad, esperando que ante la confianza del placer ajeno de su mujer lo relevara de tan ingrata misión.

- ¿Por qué habría de importarme? como has podido comprobar, en Ataranza todo es de todos. Nadie es dueño de nada, más que de su propia felicidad.

- Sí, doy fe de que eso es cierto, pero habrás de reconocer que lo que me habéis encargado es un asunto... “delicado”.

- Yo llevo cuarenta años intentando dejarla preñada, y ya son muchos años hasta para el amor. El conocimiento carnal lo desgasta todo. Es lógico que ella quiera probarte. Total, por un par de horas...

- ¿¡Un par de horas! – La exclamación le hizo dar un trago de saliva tan amarga como el trabajo encomendado.

Cuando escuchó que Eugenio cerraba la puerta de la casa dejándole solo en la cocina, no se imaginaba lo que le deparaba el destino. Miró temeroso a su alrededor para averiguar por donde surgiría Abilia al fatal desenlace. Los platos de varios días se amontonaban sobre el fregadero; en la mesa de roble, sin mantel, había restos del desayuno, tazones con la marca reseca de la leche, trozos de hogaza duros, panochas desgranadas, una fuente con los huesos descarnados de una cabeza de cordero. Hasta las cáscaras de una docena de huevos yacían olvidadas en un rincón, medio tapadas por unas plumas de perdiz, cuyo cuerpo desnudo y triste esperaba junto a al fogón para ser guisado. Ezequiel sintió náuseas al reconocer su similitud con el ave.

- No seas tímido, ¡Sube! – Gritó Abilia, creyendo que le excitaba con el anuncio de un encuentro que a él sólo le deprimía.

Ezequiel cruzó el umbral de la alcoba, y era difícil reconocer si el rictus de asco que llevaba dibujado en su rostro era motivado por la suciedad que reinaba por doquier, o por el cuerpo de Abilia, que lo reclamaba desde la cama, embutido en un camisón de raso que intentaba inútilmente impregnar de un aire sensual a los rollos de carne que amenazaban con

romper las costuras. Las sábanas estaban caídas y, Ezequiel, desde la distancia, pudo adivinar la silueta de Eugenio marcada en el colchón de borra y la grasa que su pelo había dejado olvidada en la almohada, en el mismo sitio que ella golpeaba reiteradamente para que se tumbara a su lado.

- Este momento no lo vas a olvidar en la vida. – Sonrió Abilia mostrando que, tras sus escuálidos labios, poseía unos dientes menudos y puntiagudos como alfileres.

Ezequiel presumió que sus palabras eran ciertas y se acordó de otra adivina, de Leonides, maldiciendo para sus adentros el ansia de aventuras que lo llevó a abandonar sus sinceras caricias.

- ¿Qué vas a hacerme?

- Lo que pueda y sinceramente no creo que sea mucho. – Respondió dejando ver un cuerpo cada vez más delgado por las exigencias de la vida en Ataranza.

- Escucha, yo prefiero a los hombres con argumentos más rotundos, como mi Eugenio. Ni yo te gusto a ti, ni tú me gustas a mí, pero un Patrimonio Popular es un Patrimonio Popular y hay que guardar las apariencias. Túmbate a mi lado y no temas, a mis años la preñez se la ha llevado el diablo.

- Que consiga dejarte preñada es lo que menos temo. – Dijo consciente de que un paso más lo llevaría a una tortura difícil de orillar en los recuerdos.

- No te he hecho venir para que me cubras, sino para que me cuentes qué les haces a las mujeres de Ataranza, sobre todo a Delfina Posada.

- ¿Cómo?

Aquellos segundos, cuando comprendió que sus manos no tendrían que perderse por las innumerables montañas que lo amenazaban desde el camisón, fueron lo más cercano a la felicidad que Ezequiel vivió en Ataranza.

- Y no temas ahondar en los detalles.

Seis meses después, cuando Ezequiel ya había dejado de pronunciar su consabido “Sea” al inicio de cada acto, intentando ahorrar unas fuerzas que se negaban a acompañarle, los hombres se reunieron en asamblea. Ninguna mujer de Ataranza mostraba signos de preñez. Y más de una, tras su encuentro con el Patrimonio del Pueblo, echaban en cara a sus parejas el escaso conocimiento que poseían del arte del amor, obligándolos a un esfuerzo suplementario que siempre resulta incómodo cuando la pasión ya es sólo una huella en la memoria.

Por lo tanto la situación comenzaba a ser insostenible y necesitaban tomar una decisión drástica.

Una noche, cuando Ezequiel regresaba a casa de Manuela, meditando alguna excusa para no cumplir con su deber, Olegario y Belarmino le salieron al paso con una mula y provisiones para un mes. Le dejaban marcharse a cambio de una promesa: su memoria debía olvidar para siempre el camino de Ataranza. Ellos mismos lo subieron a lomos del animal, dada la debilidad que mostraban sus piernas, y lo condujeron por el camino del norte hacia la colina, en dirección a los volcanes de Trubia y al desierto de Bulmes.

Años más tarde, cuando Leonides Salvatierra escuchó la leyenda en

Briefes, una aldea del valle de Valdediós, en el transcurso alegre de una romería, dejó que una cínica sonrisa ocupara sus labios. Su maldición había surtido efecto. Ezequiel Mortera no volvería a tener hijos por haberla abandonado en la noche de otros tiempos, aunque la luna seguía siendo la misma.